

comparables sólo a esos que experimentamos en la niñez cuando devorábamos libros de aventuras. Pero, según dice su prologuista, de Pereyra conoce la región descrita, de suerte que a su valor literario debemos agregar su información geográfica de primera mano.

No es una hipérbole, pues, decir que esta novela de Dyómedes de Pereyra pertenece a la misma familia de aquéllas que tratan de dar una visión auténtica de este Continente, virgen en muchas de sus regiones y casi virgen para la creación literaria autóctona.—MILTON ROSSEL.



NOCIONES DE ESTÉTICA, por *Carlos Lalo*, traducción de don Norberto Pinilla.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1935.

Norberto Pinilla es un activo amante de las letras, con una voluntad para alcanzar un nombre en nuestro ambiente literario que no conoce desmayo ni incomprendimientos. Mediante un estilo original, salpimentado de neologismos rimbombantes, ha ido taladrando la indiferencia y la actitud socarrona con tesón arremetedor, hasta ubicarse en el lugar que él cree merecer. De espíritu proteico, varias son sus actividades intelectuales: profesor informado; crítico empeñoso, habiéndose apuntado más de algún acierto en tal actividad; pedagogo activo, sus novísimas especulaciones sobre la ciencia de la educación han detonado en nuestro pacato ambiente profesional, y, por último, asiduo concurrente a los círculos literarios, donde muchas veces su espíritu bondadoso es traicionado por la juvenil impetuosidad de su palabra. Y como si todo esto no bastara a su inquietud intelectual, ahora se nos presenta como traductor. En este nuevo aspecto de su polifacética personalidad, cabe también marcarle un acierto, pues ha vertido en forma correcta y fiel, en lengua cas-

tellana, un enjundioso estudio de Carlos Lalo titulado «Nociones de Estética».

Es un prólogo discreto y mesurado, Pinilla expone el objetivo que se propuso al hacer esta traducción, y agrega algunas consideraciones de carácter general acerca de Estética. Hacíase necesario un estudio compendiado sobre Estética, pues todos los que conocemos son tratados profundos, cuya lectura, para que sea lo suficientemente provechosa, supone conocimientos previos de parte del lector. Esta traducción de Pinilla suple con creces esta ausencia de tratados elementales sobre Estética al alcance de lectores profanos. Como se trata de un libro en que se exponen nociones, muchas de las materias aparecen insinuadas y todo el texto tiene un valor esquemático con perjuicio de la claridad de las teorías expuestas. No obstante ello, las definiciones y clasificaciones son sencillas y de fácil comprensión. Así, encuentro bastante clara y amplia la definición que Lalo da de Estética: dice que es «una reflexión filófica sobre el arte, la crítica y la historia del arte». Muchas de estas definiciones o más propiamente de estas reflexiones tienen, por la verdad que ellas encierran, un valor axiomático, que los artistas debieran tener presentes para controlar el impulso subconsciente de sus intuiciones, que traducen por creaciones. Así, por ejemplo: «La obra ideal—escribe Lalo—es aquélla que supera a su público o en la cual su autor siente sobrepasarse a sí mismo y crear futuro en lugar de repetir-se». Como se trata de un libro destinado a estudiantes de segunda enseñanza, Lalo sólo expone teorías sin pronunciarse categóricamente sobre ninguna. Actitud de profesor, muy ecuanime y ecléctica, pero que no satisface del todo al lector interesado por problemas de Estética de palpitante actualidad, como el que se refiere al «individualismo en arte y la Estética sociológica». Lalo concluye tímidamente diciendo que la autonomía del arte es relativa. El capítulo sobre Estética sociológica nos parece el más interesante, sin que por eso le neguemos importancia a los restantes, pues cada uno de ellos daría para largos comentarios:

pero nuestro propósito no es otro que el de congratularnos por la aparición de este libro, traducido esmeradamente por Norberto Pinilla.—MILTON ROSSEL.



VIDA Y PASIÓN DE LA CULTURA EN AMÉRICA, por *Luis Alberto Sánchez*.—Editorial Ercilla, Santiago.

Antologistas e historiadores críticos y literarios de Hispanoamérica, muchos hemos tenido hasta aquí. Especie de encomenderos «a priori», se han repartido cómodamente los latifundios conquistados por poetas y escritores con sangre de su espíritu. Pero, faltaban los Colones que descubrieran los orígenes y aborígenes de nuestro continente estético, precisamente.

Hace algunos lustros, no se sospechaba siquiera la existencia de una raíz artística, de zumos auténticos, en la fisiología de nuestra sensibilidad. Se hacía derivar todo efecto e influencia de afluentes culturales extranjeras, de España, sobre todo. Bien. Continuando la metáfora, diremos que sólo ahora vienen apareciendo en los horizontes esos Colones y Adelantados, descubridores y conquistadores de una autóctona causa artística y social en América: Ricardo Rojas, Henríquez Ureña, Vasconcelos, etc., entre nosotros mismos. Y el conde de Kayserling y Paul Morand, forasteros andantes, compulsaron o vislumbraron también, el uno, realidades latentes y el otro, posibilidades futuras de un arte y de una personalidad indoamericanos. Y aquí tenemos ahora, a Luis Alberto Sánchez, entre los más adelantados de los nuestros.

Decimos «ahora», refiriéndonos a su último libro. «Vida y Pasión de la Cultura en América», son vértebras dislocadas aun en el tiempo—quizá algunas no bien clasificadas—pero macizas y dan una idea integral del esqueleto cultural del continente. Elementos precisos y preciosos, (en manos del autor mismo o de